

Una mujer hermosa agrada á los sentidos;
una honrada interesa al corazón; la
primera es una alhaja; la segunda un
tesoro.

EL DISCRETO

DIRECTOR
RICARDO SANCHEZ

PERIÓDICO SEMANAL
LITERATURA Y ARTES—TEATRO Y MODAS

CASA EDITORA Y ADMINISTRACION
LITOGRAFIA A. GODEL—Calle Cerrito, N.º 231

Año II

Montevideo, Junio 21 de 1885

Núm. 56

SUSCRICION: *En la Capital*—Por un mes, 1 \$; por seis meses, 5 \$; por un año, 9 \$. *En Campaña y Exterior*—Por un mes, 1\$20; por seis meses, 6 \$; por un año, 10\$.
NÚMEROS SUELTOS: *Del día*, 30 cents.—*Atrasado*, 40 cents.



AL PÚBLICO

La Administración del periódico está abierta
todos los días hábiles de 9 á 11 a. m.

EL ADMINISTRADOR.

NUESTROS GRABADOS

CÁRLOS MARIA DE PENA — El retrato que hoy damos en la primera página, es el de uno de los hombres que mas se han distinguido en el Uruguay por su ilustracion y su laboriosidad. El doctor Pena nació de honrados padres en una de las poblaciones situadas en el centro de la República. Vino joven á Montevideo, tomó matrícula en los cursos preparatorios de la Universidad, y se distinguió pronto por su carácter festivo y su disposición al estudio. Terminó sus cursos superiores de jurisprudencia y se dedicó á la abogacía, en cuya profesion ha conquistado por su inteligencia un nombre respetable.

El doctor Pena se ha dado á conocer, además, como escritor, como versado en las ciencias económicas y como propagador de doctrinas pedagógicas.

Como propagador ha unido su nombre al Club-Universitario, al Ateneo del Uruguay, y sobre todo, á la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, en cuya Comisión Directiva figura desde hace algunos años como uno de los mas activos é inteligentes cooperadores. Merecen mencionarse, por lo que le honran, varios *informes* y *memorias*, en los cuales ha sostenido ideas avanzadas, con acopio de erudición y con fuerza de raciocinio.

Como economista, regentó durante varios años en la Universidad la cátedra de esta asignatura y á lo último la de derecho administrativo, con aplauso de los inteligentes. Se preparaba á organizar esta enseñanza con arreglo á un programa notable, cuando circunstancias de carácter político que afectaban su delicadeza le indujeron á renunciar las aulas que desempeñaba. Mas tarde ha publicado opúsculos y colaborado en libros que han hecho estimar sus dotes en el Viejo-Mundo.

Como publicista, no es un modelo de estilo clásico, pero su decir es fácil; su frase redondeada; su pensamiento vivo, flexible, rico en accidentes, fogoso á menudo, algunas veces sarcástico, siempre ingenuo.

El doctor Pena está dotado además por sentimientos patrióticos, que se revelan continuamente en la manera como prodiga, sin cálculos egoístas, sus esfuerzos en la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, en el Ateneo del Uruguay, en la Sociedad de Economía Política, en la Sociedad Rural, en la Liga Industrial, en donde quiera que se necesite una inteligencia bien sufrida y una voluntad abnegada.

Es un ciudadano que merece la estimación en que le tienen propios y extraños.

ESPIRITU Y MATERIA — Algo oscura encontramos la idea del autor y nos parece que la concepción está en armonía con ese brumoso sistema filosófico que profesa el anciano, el cual se preocupa de dar alimento á su espíritu, siempre joven, mientras el astuto gato, mas dado al materialismo de las necesidades vitales, se encarga de despachar la ración destinada al que gastó su organismo, no solo por los achaques de la edad, sino también por las vigiliadas del estudio.

CONFERENCIAS

EL LIBRO DE LAS MADRES

Con este simpático título acaba de aparecer por la imprenta de Biedma, en Buenos Aires, una importante obra, escrita por la distinguida literata doña Josefina Pelliza de Sagasta.

Esta señora es bien conocida en el mundo de las letras americanas, para que nos detengamos á prodigarle el justo elogio á que sus antecedentes la hacen acreedora; — tampoco hablaremos de la inspirada poetisa cuyo nombre ha repercutido en ámbos márgenes del Plata; — vamos á ocuparnos únicamente, aunque á la ligera, de algo de interés primordial y de mayor trascendencia; — de la obra que acaba de publicar y que constituye un verdadero tesoro para las madres de familia.

La señora de Sagasta ha reunido, en 230 páginas, varias de sus interesantes conferencias sobre uno de los tópicos que mas debieran preocupar á las escritoras, y hace en su obra un estudio detenido de la mujer, desde las épocas remotas, cuando apenas se la consideraba como *cosa*, hasta las actuales, en que si bien está dignificada por la sublime religion que ha regenerado el mundo, carece sin embargo de sus derechos civiles, y le falta aún muchísimo para estar colocada en el alto nivel social que por justicia le corresponde.

La exposición de la obra es clara y hay excelente criterio en los fundamentos de su argumentación, á la par que templanza en la forma. No es la mujer emancipada y en plena posesión de sus derechos políticos, la que á juicio de la señora de Sagasta puede hacer la felicidad del hogar, sino la mujer ejerciendo los derechos legítimos que la ley natural le acuerda, pero que el Código somete á una especie de tutelaje perpétuo en nuestras sociedades modernas.

Por mas que estemos discordes en algunos puntos con la distinguida autora de « Conferencias », nuestra misión se reduce á una noticia bibliográfica, nó á un debate en el vasto escenario de la filosofía y de la historia. La idea de la señora de Sagasta es noble y generosa, puesto que tiende á la completa dignificación de su sexo, y su obra es culta y meditada. Debemos, pues, tributarle nuestro aplauso, aunque él no tenga otro mérito que el de la sinceridad; — y hacer votos porque no desaliente jamás en la tarea emprendida, quien ha sabido ser tan elocuente abogada, en defensa de los intereses morales y materiales de la mujer, esa « *mitad hermosa del linaje humano* », según la feliz expresión del poeta.

EL CANTO DEL CIRCO

(DE VÍCTOR HUGO)

César, ¡emperador augusto y fuerte!
Hoy, para enaltecerte,
Los pueblos todos á tus piés acudan.
Herederó feliz del gran Augusto,
¡Oh príncipe inmortal, príncipe justo!
Los que la muerte esperan, te saludan.

Sangre humana á raudales
César no mas en vuestras aras vierte,
Oh dioses inmortales.
A la pálida Muerte
Invita á los festines de su córte;
Y de sus mónstruos despoblando al mundo,
Juntos lanza al combate tremebundo
Tigres de Hircanía y bárbaros del Norte.

Los colosos de bronce y de granito,

Los vasos de alabastro, las banderas
Decoran el circuito
De la liza fatal. Nubes ligeras
Perfuman, gratas, el espacio inmenso
Con oriental aroma,
Y el olor de la sangre y del incienso
Aspira muelle la triunfante Roma.

Ved: de repente abiertas,
Sobre sus quicios resonantes crujen
Y giran las cien puertas;
Entra el pueblo en tropel; los tigres rujen
En su jaula cerrada;
Cual desbordado río va creciendo,
Así, con sordo estruendo,
Se esparce el pueblo-rey de grada en grada.

Ambos ediles, con triunfal decoro,
Siéntanse en sillas de marfil y de oro.
Hipopótamos, negros cocodrilos
En el ancho canal nadan tranquilos.
Llevan el fuego santo
Castas vestales, y en virgíneo coro
Preludian puro el religioso canto.

Llama la meretriz casi desnuda,
Las miradas ardientes;
Cubierto de su antigua laticlava,
Alza su frente el senador, ceñuda,
Y sentado entre reyes obedientes,
Allá en la turba esclava
Uno por uno cuenta sus cliéntes.

Y á la voz del tribuno, con sus lanzas
Van á guardar, los pretorianos fieles
Del estrado imperial los escabeles;
Entonan alabanzas
Los sacerdotes salios á Cibeles;
Y al compás de satíricas canciones,
Mientras llegan las víctimas, con danzas
Divierten á la plebe los histriones.

¡Hédlas allí!... Y aplaude y amenaza
El pueblo, sin piedad á esos vencidos
Que la guerra conduce á la ancha plaza
De los mudos desiertos escondidos
De la Libia, ó las selvas que en la sombra
La Germania ocultó. Su oscura raza
Dice el lictor y sus naciones nombra.

¡Pobre rebaño que guardó la suerte
Para el placer del pueblo y del monarca,
Y con el sello horrible de la muerte
La mano sin piedad, del cónsul, marca!
Abatida la frente, los judíos
Tristes ván, y parece que les venza
Reprimida vergüenza;
A los galos bravíos,
El horrendo espectáculo no abate;
Los humildes cristianos,
Inermes, á su Dios alzan las manos,
Y maeren sin orgullo y sin combate.

Y el pueblo grita y anhelante espera,
¡Y ya las fieras tardan!
Del calor y la luz el trono guardan
Cándidos velos y doseles rojos,
Para que el sol no hiera
Del pio emperador los santos ojos.

César! emperador glorioso y fuerte!
Hoy para enaltecerte
Los pueblos todos á tus piés acudan;
Herederó feliz del gran Augusto,
¡Oh príncipe inmortal, príncipe justo!
Los que la muerte esperan, te saludan.

LOS PILLUELOS

(Continuación)

En un grupo discuten dos vendedores ambulantes con algunos muchachos.

Un naranjero despues de vender un par de naranjas echó de menos algunas más que habian desaparecido de la canasta; y un biscochero se encontró con que sin haber vendido ningun *alfajor* habian disminuido los que llevaba en el momento de tratar con los pilluelos.

Porfian con esa terquedad propia de las gentes mal educadas, atribuyéndoles el escamoteo y la manducación de aquellos comestibles, á pesar de las protestas honradas de los muchachos que hasta llegan en su indignación a ofrecerse para una operación cesárea con el objeto de hacer más fácil la investigación del robo.

Pero nada convence á aquellos hombres. Quizá porque han visto amarillear los bordes de algunas bocas como por efecto del zumo desprendido de la cáscara de naranja ó porque se les antoja que otros tienen en los labios azúcar polvoreada.

De todos modos los hombres se retiran convencidos de que no pueden hacerse negocios con los pilluelos sin tener el ojo fijo sobre las canastâs, lo cual puede ser una reflexión muy acertada.

En cuanto á los muchachos poco debe preocuparles lo que de ellos pensarán los vendedores por cuanto siguen en su tarea de meterse con todo el que pasa, echando piropos á las lindas modistillas que atraviesan la acera ó coqueteando con las damas á pretexto de ofrecerles números en venta.

Uno de ellos, como de doce años, flaquito y ágil se ha separado del grupo.

Su aspecto es el de una *persona* que no se dá cuenta exacta de lo que interiormente le preocupa.

Parecía atontado en la contemplación de un individuo de facha bastante vulgar y algo viejo, sin ser anciano.

Marchaba este individuo completamente despreocupado, mirando los escaparates de las casas de comercio y sin apereibirse de la atención especial de que era objeto por parte del muchacho.

Los que llevaban dirección opuesta no podían ménos que ver al individuo, ó más bien dicho la nariz del individuo, verdaderamente notable por su forma y dimensiones. Una especie de alfanje musulmán que le dividía el rostro en dos secciones distintas, al parecer, como si no formaran parte integrante de un todo comun.

Aquella prominencia, agrietada á trechos, podía prestarse á investigaciones especiales, con sus capas superpuestas, visibles al primer golpe, y que las influencias atmosféricas habian puesto en evidencia, suscitando analogías con la costra que envuelve al globo terráqueo.

No afirmaría que tales pensamientos geológicos entretuvieran el ánimo absorto del pilluelo mientras contemplaba al hombre de la nariz ó más propiamente á la nariz del hombre. Pero sean cuáles fueran sus pensamientos el hombre hubo de darse cuenta de aquella atención insistente y chocante; y para ver totalmente á la personita curiosa que así le mortificaba tuvo que enflarle justamente al medio del cuerpo aquella especie de espolon de combate cual si fuera á *pasarle por ojo*, como se dice en términos marinos.

La evidencia de un peligro que aunque desconocido no dejaba de ser un peligro,—y peligro inminente—que lo hacía más el movimiento correspondiente del único ojo visible desde el punto en que se encontraba el pilluelo,—movimiento realmente amenazador del toro que vá á embestir, no produjo al amenazado más temor que el que puede sentir un picador valiente y diestro ante la fiera irritada.

Así es que desplegando una sonrisa insolente clavó esta pica sobre el mismo filo de la nariz del viejo.

¡Narigueta!...

Soltando al mismo tiempo una risa tan ruidosa que hizo levantar de indignación los portalones laterales de aquel prólogo monumental.

¡Narigueta!... ¡já... ¡já... ¡já!...

Los transeúntes se detuvieron formando un corro alegre.

Los pilluelos que divisaron la montonera se unieron al grupo animándolo más con su presencia y aumentando la furia del hombre enojado.

El autor del conflicto aprovechando la ocasión, se perdía entre la gente á las miradas que le buscaban y de pronto aparecía por detrás del grupo gritando nuevamente.

¡Narigueta!... ¡narigueta!

Y volvía á perderse y volvía á aparecer, desesperando cada vez más al hombre de la nariz, que mareado ya por aquellas gambetas y evoluciones imposibles y por aquellos gritos de ¡narigueta! repetidos á cada vuelta, cansado de su inútil persecución, se dirigió á la Jefatura en busca del auxilio policial.

Los pilluelos ganaron la plaza y se sentaron en los bancos ó se pusieron á jugar, afectando la mayor indiferencia.

Poco tiempo después apareció el señor Narigueta acompañando á dos agentes del orden público, observando con la mayor atención á los muchachos y buscando con la vista al desvergonzado granuja.

Miraba en todas direcciones y no le veía á pesar de hallarse á pocos pasos de él, tranquilamente sentado en un banco, con el mazo de billetes en la mano, sosegado como un santito incapáz de incomodar á nadie.

Por fin después de vacilar un buen rato despachó los celadores con las manos vacías, quedándose como un hombre corrido, con la nariz aún mas larga.

El pilluelo lo había burlado disfrazándose inmediatamente que lo vió acudir al Cabildo.

Sustituyó á su sombrero la boina colorada de un compañero y á su saco gris el negro de otro camarada, revisándose despues con la mayor serenidad.



Una noche presencié otra escena digna de contarse.

Era en verano y es sabido que las casas que despachan refrescos colocan mesas al aire libre, en esa estación, y que al rededor de ellas se junta buen número de consumidores. Las murgas que recorren las calles se detienen ante estos grupos y *ejecutan* cruelmente algunas piezas de su repertorio variado, recojiendo en un platillo, luego que han terminado, el producto de la generosidad de los oyentes. Despues se ván con la música á otra parte.

Pues una noche, como decía, una de esas murgas se detuvo junto al grupo en que me hallaba.

Eran tres cultivadores que no cultores del sublime arte.

Templaron sus instrumentos y comenzaron á llenar el aire con los acordes desacordados de cualquier trozo de ópera.

Fué como una invocación de los géneos maléficos porqué inmediatamente se vieron rodeados por una turba de pilluelos desarrapados é inquietos, que dando saltitos y moviéndose al redor de los músicos consiguieron llamarles la atención.

Entónces sacaron de no sé dónde algunos limones, llevándolos á lá boca y haciéndolo como que los chupaban, parados delante del flautista, bailando y saltando como unos macacos.

Todo fué hacer esta pantomima y empezar el pobre flautista á dar pifias y mas pifias en su instrumento y á escupir seguido.

Era víctima de un efecto muy común consistente en una secretación excesiva y rápida de las glándulas salivales por efecto de la simpatía.

La vista del limón y los gestos de los muchachos exagerando los que produce un ágrío muy fuerte hacian llenar de saliva la boca de aquel discipulo de Pan y por consiguiente cortar la corriente de aire que debía introducir en la embocadura de la flauta, fallándole las notas de una manera lamentable.

Y al verle desesperado, dando pifias y tratando de no mirar los muchachos el concurso se reía de buena gana y los pilluelos bailaban de contento.

(Continuará.)

BAJO LOS PINOS

A mi inolvidable y queridísimo amigo, FERNANDO SAENZ DE ZUMARÁN

Brilla la luna en el cielo
Como recién desposada,
Y sobre el mundo destrenza
Su cabellera de plata.

Todo reposa en silencio,
Alrededor todo es calma,
Solo los pinos, parece
Que rien, hablan y cantan.

Debajo de ellos las sombras
Proyectan negros fantasmas,
Que nacen, crecen y vuelan
A cobijarse en las ramas.

El alma ansiosa se vuelve
Tímida en busca de otra alma,
Para que clara le explique
Lo que los árboles hablan.

Llega la brisa temblando
Besa los pinos y pasa,
Y deja un eco que gime
En las finísimas ramas.

Allí aquel beso se estiende
Y entre las sombras se esplaya;
Luego semeja preludios
De gemidora guitarra,

Como si un géneo invisible
Ese instrumento pulsara,
Y cayeran en las cuerdas
Suspiros, ayes, y lágrimas!

Música suave que llena
De pensamientos el alma,
Y que formada parece
De quejas y de palabras.

La luna envuelve á los pinos
Entre sus trenzas de plata,
Y de tintes melancólicos
Al envolverlos los baña.

Temblando luego los besa
Otra vez la brisa plácida,
Y á su contacto, de júbilo
Palpitan, lloran, y cantan!...

ALEJANDRO MAGARIÑOS ROCCA.

EL D^r D^r BERNARDO DE IRIGOYEN

Durante nuestra permanencia en Buenos Aires, tuvimos el placer de ser presentados al Dr. D. Bernardo de Irigoyen, ex-Ministro del Interior y actual candidato á la Presidencia de la República Argentina.

El Dr. Irigoyen es un hombre de más de cincuenta años, noble fisonomía y modales distinguidos. Su educación es esquisita y posee el arte de agradar, dejando prendadas á las personas que incidentalmente le visitan ó tienen necesidad de sus favores.

Ha prestado grandes servicios á la República Argentina, en el desempeño de importantísimos puestos públicos y ha sabido conquistarse las simpatías del alto comercio y de la mayoría de las personas de posición, que se distinguen por su templanza y espíritu conciliador.

Si no es el candidato cuya proclamación en las parroquias es mas barullera, es el más sério y el que tiene títulos indiscutibles para aspirar á la Presidencia de la República Argentina, donde continuaria ventajosamente la era de paz y de prosperidad que hoy la hace marchar á la vanguardia del progreso.

Hombre de espíritu reflexivo, há sabido imprimirle á todos sus actos públicos ese sello de buen tino que solo dá á las inteligencias superiores, una larga práctica en los negocios de Estado.

El Dr. Irigoyen no es solo el candidato de las personas de valer que se hallan en la segunda época de su vida;—la juventud escogida de Buenos Aires;—esa pléyade *luz y fuerza del porvenir*, ha levantado bien alto y con el entusiasmo y la sinceridad de los primeros años, la bandera honrosa de su candidatura, que les hace entrever un porvenir espléndido para la República Argentina y su estable confraternidad.

De regreso á nuestro país natal, donde el Dr. Irigoyen cuenta con las simpatías de quienes han tenido ocasión de valorar sus méritos, le saludamos por mérito de nuestra hoja, deseando el triunfo legal de su candidatura, en las próximas elecciones para la Presidencia de la República hermana.

A L. R.

Hoy, mi querido amigo, es tu gran día!

Y pues te aprecio tanto
Aceptará mi humilde poesía...
Ella es flor sin fragancia, sin encanto
Mas simboliza la ternura mía!

—
Mi jardín es bien pobre!... En él no crecen
Esas flores hermosas
Que á los besos del céfiro se mecen...
Que viven poco tiempo fraganciosas
Y al primer cambio de estación perecen!

—
Pero tengo otras de valor subido
Que nada las derrumba,
Ni las marchita el viento del olvido...
¡La siempre-viva adorno de la tumba
Dura más que el laurel de talle erguido!

—
La flor de la amistad, inmarcesible
Si falta de fragancia,
Es siempre-viva á todo preferible
Pues no la seca el tiempo, la distancia,
Y hasta el dolor la encuentra inamovible!

—
Admite, pues, la flor de mi cariño
Que arranco al sentimiento...
No busques su perfume ni su aliño...
En el recuerdo está su valimiento
De aquella edad celeste en que fui niño!

—
De aquella edad risueña de la vida
En que juntos crecimos...
Cuando tu alma con mi alma, siempre unida
Por vínculos que nunca deshicimos,
Gozaron paz y dicha sin medida!

RICARDO SANCHEZ.

Setiembre de 1882.

LA CONDESA GUICCIOLI

POR
ENRIQUE NENCIONI

(Traducido del italiano por Daniel Muñoz)

Las ondas de su larga y dorada cabellera bajaban hasta sus piés como torrente de los Alpes que el sol colora con sus rayos matinales. Ella creaba en su torno una atmós-

fera de vida; el aire mismo, iluminado por sus miradas, parecia más diáfano, tal eran de suaves y llenas de todo lo que puede imaginarse de más celestial. Se infiltraba en el alma como la aurora de una bella mañana de Mayo.

Era de estatura mas bien pequeña, delgada, pero perfecta de formas; blanquísima de cutis; una sonrisa etérea, como dibujada por el Corregio, ojos verdaderamente italianos, llenos de languideces y de tempestades, de sonrisas y de lágrimas.

Tenia diez y siete años; pertenecía á una familia noble los Gamba de Ravenna, y acababa de salir del convento. El Conde Guiccioli era viejo, viudo, pero era también muy rico... y se la dieron por esposa.

Lord Byron la vió por primera vez en la casa de la condesa Albrizzi, durante el otoño de 1818, y le pareció una vision celeste, pero evitó volver á encontrarla,

Car le barril de poudre á peur de l'étincelle.

Byron estaba en el apogeo de su gloria, pero en pugna con su corazón, y en guerra abierta con la familia, con la patria y con el mundo: las obras maestras de su génio poético se sucedían unas á otras, pero aquellas páginas de elevada poesía, elocuente y patética, trágica y satírica, salían de un harem veneciano, donde consumía sus fuerzas y su vida entre los brazos de *mujeres animales*, como él mismo las llamaba; bebiendo hasta altas horas de la noche vino del Rhin y Cognac; agitándose y rugiendo inquieto como un león en una jaula, á punto de que su bella cabellera se tornaba gris y decaía todo su organismo.

Tenia entonces treinta y un años, y era todavía hermosísimo, apesar de aquel régimen homicida de vida: el hombre más lindo de su tiempo á juicio de la Albrizzi, de la Blessington, de Shelly, de Trelawny, de Moore y de Scott. Su cabeza de Antinoo era como un hermoso vaso de alabastro iluminado con luces internas. Sus ojos, de un gris azul, cambiante como el color del mar, espresaban con rápidas mudanzas las más contrarias pasiones, desde el entusiasmo radiante hasta la cólera reconcentrada; desde la ardiente simpatía del poeta hasta el glacial desprecio y el orgullo del lord inglés. Su rostro, de un perfil correcto, era habitualmente pálido, pero de una palidez marmórea; y sobre la noble frente y el bellissimo cuello, nacían oscuros y espesos, sus cabellos naturalmente ensortijados.



Parece que el destino quisiera que volvieran á encontrarse y á amarse. “En Abril de 1819—escribe en sus *Recuerdos* la joven condesa—conoci á Lord Byron. Me fué presentado en Venecia por la condesa Benzoni, en una de sus reuniones. Esta presentación, que tantas consecuencias tuvo para nosotros dos, se hizo contra la voluntad de entrambos, y solo por condescendencia consentimos en ella. Cansada más que nunca en esa noche, fuí muy contrariada á aquella reunión y lo hice solo por obedecer al conde Guiccioli. Lord Byron, que evitaba hacer nuevas relaciones, diciendo siempre que había renunciado por completo á las pasiones y no queria esponerse más á sus consecuencias, se escusó cuando la condesa Benzoni le pidió que accediese á serme presentado, pero á nuevas instancias, consintió. Su noble y bellissima fisonomía, el timbre de su voz, sus maneras, los mil encantos que lo rodeaban, hacían de él un ser tan diferente, tan superior á todos los que hasta entonces había visto, que no pude ménos que experimentar una profunda impresion... Desde aquella noche, durante todo el tiempo que permanecí en Venecia, nos vimos todos los días.”



Se vieron y se amaron! Y la mujer, en estos amores, tenia mucho más que perder que el hombre, socialmente hablando. Es verdad; pero no haré ni lamentos morales ni hipócritas elegías. Ella sola fué el *verdadero amor* de Byron, despues de sus vagas afecciones de adolescente. En el corazón de Aroldo ella no tuvo ni sucesoras ni rivales; reinó en él exclusivamente, y no lo cedió mas que á la Grecia. Qué triunfo para una mujer!

Pero, en compensación, ella le hizo un bien más grande

aún, infinitamente más grande. Ella brilló como un iris sobre el huracán de aquella alma, dándole la calma, la serenidad, la frescura juvenil.

Ella moderó y apaciguó aquel corazón desordenado é inquieto, aquel cerebro propenso á la locura. Ella devolvió á Byron el respeto de sí mismo, y por mucho tiempo la paz y la armonía de la vida. Ella, solo ella, supo hacerlo *llorar de amor*.

Atraída como por un corriente magnética irresistible, se echó en sus brazos con todo el entusiasmo de sus diez y ocho años, con la sinceridad de su corazón virginal. No se rindió despues de las calculadas estrategias de las adúlteras de novela, sino que se abandonó á él palpitante de verdadero amor, como Francesca. El se encontró con la encarnación viva y real de la mujer de sus sueños, pura, ingénuo, apasionada. El corazón de Zuleika y de Medora palpó ardiente en los brazos del poeta. Ella lo amó no por la gloria del nombre, no por el deseado triunfo de ver á sus piés al poeta más famoso de la época, no por la vanidad de hacer hablar de ella á toda Europa y ser envidiada de las mujeres más hermosas, sino que lo amó por sí propio, á él, Jorge Byron, joven bello y desgraciado, Ella estaba muy lejos de ese sentimiento mezclado de vanidad que hizo escribir cartas y emprender viajes, y amenazar con el suicidio á las sedicentes enamoradas de Goethe y de Rousseau, de Chateaubriand y de Lamartine. Ella fué verdaderamente mujer é italiana, es decir, sincera y apasionada. Ambos eran desgraciados, aunque por distinta desventura. La víctima inocente consoló al infeliz culpable, y á los ojos del mundo, se perdió por salvarlo.



El sintió, con trasportes de dulce embriaguez y de misterioso terror, que su corazón no estaba muerto como creía, y que no había amado jamás de aquella manera, abandonándose á todo el encanto de aquella pasión que presentía era la última. Ya no pudo vivir lejos de ella, apesar de que se había visto obligada á alejarse de Venecia. “Es en vano luchar; dejadme amar y morir!” Y confiaba al Pó, en versos inmortales, su amor y sus deseos, para que se los llevase á su dama, pasando bajo sus nativas murallas. Fué á Bolonia y allí, inquieto y solitario, pasaba largas horas entre las tumbas de la Cartuja, admirando la belleza de las rosas esparcidas sobre los mármoles, y el sencillo afecto de algunas inscripciones... Pero supo que estaba enferma en Ravenna, y no pudiendo resistir más, voló á su lado, aún á riesgo de comprometerla. El Pinar y la tumba del Dante eran suficiente excusa para el gran peregrino. Cómo y cuánto él la amaba puede comprenderse bien en estas líneas de los *Recuerdos manuscritos* de la condesa misma, citadas por Moore, y que tanto dicen en su ingénuo sinceridad: “El llegó á Ravenna en el día de la soledad del Corpus Domini, mientras yo, atacada de una enfermedad de consunción, que empecé á sufrir desde que salí de Venecia, estaba próxima á morir. La llegada á Ravenna de un extranjero distinguido, á una ciudad tan lejana de la ruta que generalmente siguen los viajeros, era un acontecimiento que daba mucho que hablar, y se indagaban los motivos, que él mismo dió involuntariamente á conocer en seguida, porque habiendo preguntado por mí para venir á verme, y habiéndole contestado que no podía verme mas, porque estaba próxima á morir, contestó que en ese caso él también queria morir lo cual se divulgó en el acto y fué causa de que se conociese el objeto de su viaje. El conde Guiccioli visitó á Lord Byron, á quien conocía desde Venecia, y creyendo que su compañía pudiese distraerme y serme agradable en el estado en que me encontraba, lo invitó á venir á visitarme. Al día siguiente, vino. No se pueden detallar los cuidados, los delicados pensamientos que tuvo para mí. Por mucho tiempo no tuvo en sus manos mas que libros de medicina, confiando poco en mis médicos. Pero la sola tranquilidad, la felicidad inesplicable que me causaba la sola presencia de Lord Byron mejoraron tan rápidamente mi salud, que en menos de dos meses estaba ya convalescente.”

Fué en ese tiempo que Byron le propuso huir con él. Ella no quiso esperar mas bien obtener pronto el divorcio.

“Cuando pasé al estado de convalescencia, él estaba



EL ESPÍRITU Y LA MATERIA.

siempre á mi lado: en las reuniones, en el teatro, en nuestros paseos á caballo, nunca se alejaba de mí. En aquella época, estando privado de sus libros, de sus caballos, y de todo lo que le preocupaba en Venecia, yo le pedí que se ocupase de mí, escribiendo algo sobre el Dante, y él, con su acostumbrada rapidez, escribió *La Profecía del Dante*. ”



Poco después, ella tuvo que acompañar á su marido en un viaje de algunos días, y Byron volvió triste y solo á Bolonia. Allí, con el corazón enternecido y exaltado con el nuevo sentimiento que por entero le embargaba, lo asaltó la antigua melancolía de su primera juventud. Aquella fuente de natural ternura que ni los esfuerzos, ni las injurias, ni el veneno del mundo, ni sus propio excesos habían podido agotar, corrió de nuevo con más vigor que nunca por sus venas. Supo lo que quiere decir amar verdaderamente y ser amado, demasiado tarde para su dicha, demasiado intensamente para su tranquilidad; pero ¿qué importa?... lo sintió, y fué feliz. Iba todos los días á visitar la casa en que ella solía habitar en Bolonia y donde había estado pocos días ántes; y allí, en aquella estancia solitaria, donde todo le hablaba de ella, experimentaba un inefable gozo escribiendo en su papeles, y leyendo y anotando sus libros.

Un día, en el jardín de aquella casa, sentado junto á una fuente pensando en ella, en esa triste hora de la oración que nadie, despues del Dante, ha cantado mejor que él, sintió tan vivo y agudo el dolor de la ausencia, fué presa de tan ardientes deseos, de tan estraños terrores de amante, que se echó á llorar amargamente. Lloraba de amor, como Dante y Alfieri, como Burns y Fóscolo, que no han temido pasar por *ridículos sentimentalistas* al confesarlo, y que sin embargo no eran románticos. . . .

En aquel mismo jardín, en un tomo de *Corina* perteneciente á la condesa, Byron escribió en inglés, con lápiz, estas palabras: “Teresa mia: He leído este libro en tu jardín. Tú estabas lejos, amor mio. . . de otra manera no hubiera leído. Este es tu libro predilecto, escrito por una amiga mia, y por esa razón me es doblemente querido. Tú no entenderás estas palabras inglesas, (mas tampoco las entenderá otro, y por eso no escribo en italiano) pero tú reconocerás la letra de quien te ama apasionadamente, y adivinarás que sobre un libro *tuyo*, no podía pensar mas que en el *amor*. En esta palabra, bella en todos los idiomas, pero mas en el tuyo, *amor mio*, está comprendida toda mi existencia presente y futura. . . .”

Es preciso convenir en que si Byron sabia hacer bellos versos, conocia tambien *el arte de amar*, por lo menos tanto como *el arte poético*. Y se comprende que la condesa debía adorarlo.



Pero la situación era equívoca y dolorosa para ambos, y no podía durar largamente. La condesa debía volver á Ravenna, y Byron había jurado seguirla. Sus mejores amigos quisieron disuadirlo y aún consiguieron decidirlo á partir para Inglaterra “por su bien y por la tranquilidad de la señora”. Pero la *señora* no lo entendía así, y le escribía cartas apasionadas, á las que él contestaba con otras ardientes, en un italiano algo incorrecto, pero claro y elocuentísimo.

En Venecia, un día que había dado oído más que de costumbre á la voz tan autorizada y tan poco obedecida del juicio y de la razón, cobró un coraje de león, y decidió partir para Londres. Ya estaba vestido de viaje, se había puesto los guantes, el sombrero, y tomado el bastón. Sus baules estaban en la góndola; los sirvientes prontos al pié de la escalera. No le faltaba mas que bajar. . . cuando recibió una carta que la anunciaba que la Condesa estaba enferma y que deseaba verlo. Al punto dió contra-orden, se quedó, y le escribió inmediatamente:—“Querida! Creía que el mejor partido para tu tranquilidad y la de tu familia era el de que yo partiese y me fuese *muy lejos*, porque estar cerca de tí y no *á tu lado*, sería para mí imposible. Pero tu has decidido que yo debo volver á Ravenna, y volveré, y haré, y seré, querida, todo lo que tú quieras! . . . No puedo decirte más.”

Y efectivamente, volvió á Ravenna.

Y la influencia saludable de Teresa Guiccioli sobre su corazón y sobre su talento se hizo más evidente. La parte patética del *Don Juan*, y la divina terminación del canto tercero sobre la puesta del sol y el pinar, están inspiradas en su amor. Una ternura femenil, inefable, penetra y modifica la salvaje armonía del verso de Byron. Él la obedecía en todo. Se afilió á la causa de los *Carbonarios* italianos, primeramente por amor á la libertad, convengo en ello, pero tambien por la viva amistad que lo ligaba al hermano de la condesa, el Cónde Pietro Gamba, patriota generoso, hombre culto y amable, digno compañero más tarde de de Byron en Grecia.

Él, que había escrito cartas violentas al editor Murray y á Tomás Moore por haberle indicado que modificase dos versos del *Don Juan*, á pedido de ella, suspende el poema, y no lo continuó hasta que ella no retiró su *veto*, y le dió licencia para seguirlo.

Y cuando el inqúato sentimiento heroico de Byron lo arrastró á irse á combatir y morir por la libertad de la Grecia, la condesa que veía que de un solo golpe concluía toda para ella, supo sacrificarse valerosamente. No hizo elejías ni *escenas*; se inmoló en silencio, y fué grande como solo las mujeres verdaderamente enamoradas saben serlo. Feliz en esto, que la prematura muerte de Byron le dejó intacta y pura la poesía de la pasión, no se vió obligada, como tantas otras desgraciadas, á edificar sobre las cenizas de sus amores, *el templo de la amistad*.



Todos vivimos para envejecer y morir, y los desengaños invaden poco á poco el campo de nuestras alegrías. Muchos corazones que ya no creen, no saben resignarse á no volver á amar. Otros no pueden amar, y se ven privados del único goce verdadero de la vida. . . . Felices los pocos que han probado los éxtasis y las torturas, las violentas emociones y los íntimas voluptuosidades de la verdadera pasión. Solo ellos pueden decir, como la Tecla de Schiller: He gozado todas las delicias terrenales. Vivi y amé!

Ni aún la muerte puede destruir aquel encanto. A los que sobreviven les quedan sus recuerdos y sus lágrimas, y bastan á consagrar una vida!

Teresa Guiccioli permaneció fiel en la patria y en su voluntario destierro á tantos recuerdos, á tanto amor. Sus cartas y sus memorias lo atestiguan. Bella melancólica, llegada á la edad en que muchas mujeres tratan en vano de prolongar una inútil juventud, ella cedió á las leyes del tiempo, y vivió sonriente y serena, cuando sus hermosos cabellos, tan cantados y tan besados por Byron, se tornaron blancos.

Yo me la figuro á veces paseando solitaria por aquellos sitios llenos de tantos recuerdos, y sentarse resignada y pensativa, sacar de su escarcela el tomo de *Corina* para releer aquella carta *suya*. . . y levantarse conmovida y pálida. Otras veces creo verla en la hora en que el sol poniente filtra sus rayos por entre el espeso pinar, recitando melancólicamente para sí los memorables versos:

*Ave María! tis the hour of prayer,
Ave María! tis the hour of love!*

MISCELANEA

Señor don Ricardo Sanchez.

Mi querido y jóven amigo:

Habrá Vd. estrañado que no haya contestado á su amable carta del 17 de Mayo, y agradecido el fino obsequio con que se dignó acompañarle. Explicaré á Vd. la causa.

Recien hoy ha llegado á mi poder. Por equivocación la habían llevado á otra casa, la de un señor Torres, Maldonado 209. Allí ha permanecido todo, sin yo saberlo. Por casualidad me lo dijo el señor Maeso, y hoy mandé por ella.

Le agradezco infinito el obsequio de la docena de ejemplares de EL INDISCRETO, con la publicación de mi estampa y apuntes biográficos. Mucho me ha favorecido con esa distinción tan benévola.

El retrato es perfecto. Es un excelente trabajo, como todos los que he tenido el gusto de ver en EL INDISCRETO, que hace honor á la Dirección y al bien reputado establecimiento de mi estimado amigo el señor Godel.

A ámbos mi sincero reconocimiento.

Si el recuerdo que se dignó Vd. hacer de mi individualidad en EL INDISCRETO obliga mi gratitud, esta acrece con los benévolos conceptos de su fina carta y con el obsequio que la acompaña.

Por todo un millon de gracias, estrechando su mano su affmo. amigo que lo quiere y se ofrece á su disposición.

ISIDORO DE-MARIA.

S/c. Maldonado 208, Junio 12 de 1885.

Cercle Français.

Montevideo, le 10 Juin 1885.

Monsieur :

J' ai bien reçu l'épreuve du portrait de Victor Hugo que votre extrême amabilité à bien voulu m' offrir, á titre de souvenir, en même temps que deux autres épreuves destinées au *Cercle Français*.

Permettez-moi, Monsieur, de venir vous exprimer tous mes remerciements, tant au nom du Cercle qu' en mon nom propre pour ce beau travail qui á été apprécié á sa juste valeur.

Un établissement comme celui que vous dirigez si bien, doit être fier de produire de tels chefs-d' œuvre, c' est avec légitime orgueil et á juste titre que vous le désignez et que' il est connu sous le nom de Lithographie Artistique.

Veillez agréer, Monsieur, l' assurance de ma considération distinguée,

Le Secrétaire,
ED. RACSLÉ.

A Monsieur Alfred Godel.

Ateneo del Uruguay.

Montevideo, Junio 15 de 1885.

Señor Administrador de EL INDISCRETO :

Tengo el honor de acusar recibo y agradecer á nombre de la Junta Directiva, el donativo del retrato de Victor Hugo, que se ha dignado Vd. hacernos.

Saluda á Vd. con su mayor consideración.

JUAN DE VEDIA,
Secretario.

Una admiradora ardiente del *doctor don Carlos Maria Ramirez*, nos ha enviado la solución del anagrama anterior, concebida en estos versos :

« Carlos Maria Ramirez »
El nombre és del anagrama,
Que Zulema ha publicado
Del INDISCRETO en las páginas.
¿ Queréis nombre mas hermoso,
Ni figura mas simpática,
Ni talento mas preclaro,
Ni orador de tanta fama,
Ni tribuno mas ardiente
Que el brillante autor de Marta? . . .

LEÓNIA,

Nuestro distinguido amigo y ex-dibujante de EL INDISCRETO, el señor don Alfredo Michon, ha regresado ya de Europa, y se establecerá definitivamente en nuestra patria, á la que ama como la suya propia.

Michon no trabajará mas normalmente; su posición ha mejorado mucho y está dispuesto á descansar el resto de sus días; pero esto no quiere decir que de vez en cuando no favorezca á sus amigos de EL INDISCRETO, engalanando la portada con uno de aquellos retratos que han hecho época entre nosotros.

Saludamos al apreciable amigo y ex-compañero de tareas, deseándole cien años mas de vida, para continuar gozando de las caricias de la suerte, que acaba de sonreírle tan benévolutamente.

El hogar doméstico es la fuente de todas las virtudes sociales, y en él se guarda, como en un santuario, el germen de todos los hechos grandes y heroicos.

Los que no conocen el amor de la familia, nunca sabrán sentir el amor de la patria.

La honra de todos no se ha de confiar al que no sabe cuidar de la suya propia.

No fies en el desinterés del legislador, ni en la imparcialidad del ministro, ni en la rectitud del juez, ni en la lealtad del soldado, si en sus hogares no reina la paz y el santo respeto á Dios.

LA SEMANA

El sábado de la pasada semana, tuvo lugar en casa de la señora de Mollo, un concierto familiar, en el que tomaron parte casi todas sus discípulas.

Llamó notablemente la atención el duo de *Aida*, cantado por la señora Mollo de Irigoyen y el señor Bocage, que mereció entusiastas aplausos de la concurrencia.

El simpático actor cómico Ricardo Zamacois, continúa deleitando á los concurrentes á San Felipe.

El domingo estuvo inimitable, desempeñándose en diversos roles, con esa gracia que le es característica.

El martes inauguró sus recibos de este invierno el Sr. D. Carlos Shaw, con uno de esos que dejan por muchísimo tiempo un grato recuerdo.

Los salones estaban adornados con ese elegante *chic* solo peculiar entre las gentes de buen tono.

La concurrencia era distinguidísima, tanto en damas como en caballeros. Estos nos disculparán que solo nos ocupemos del bello sexo, no haciendo mas que retribuir en parte las *buenas ausencias* que las niñas saben hacer siempre de nosotros.

Empezaremos por algunas de las señoritas que recordamos. Estaba espléndida Sara Magariños, con su traje celeste, de cuyo color vestía tambien Zelmira Arocena. Parecian dos *ángeles malos*, desterrados del cielo por sus travesuras y enviados á peregrinar en este mundo, donde en vez de redimir sus pecados, hacen pasar las penas del purgatorio á los que se aproximan á ellas con idea de encontrar un paraíso.

Maria Gonzalez y la señorita de Roubier llevaban trajes rosados. Maria Lafone, Tuly Roosen, Basilia Gonzalez, Maria Christophesen y Juanita Garbiso, vestían elegantemente de blanco. Escilda Castellanos, de celeste. Adela Fynn, de negro. Ema Pereda y Benita de las Carreiras, la primera color oro y negro y la segunda de crema y negro.

Entre las señoras, notamos á doña Luisa R. de Magariños, Amelia M. de Ramirez, Luisa M. de Gurmendez, Sofia P. de Pringles y la de Roubier.

Concurridísimo estuvo el Teatro Cibils, con motivo del beneficio de César Rossi.

Este, que de por si es un excelente artista, sobresalió mas que nunca esa noche; fué llamado varias veces á la escena y se le hizo una entusiasta ovacion. Los regalos abundaron y el público se retiró completamente satisfecho

de las obras representadas y de sus inteligentes intérpretes, entre los que figuró en primera línea el beneficiado.

A juzgar por la fama de que viene precedido, es algo muy notable el prestidigitador Bosco, que ha llegado recientemente y que se estrenará una de éstas noches en el Teatro de Cibils.

Entre las muchas pruebas de sensacion con que sorprenderá al público, se cuenta la escena del fusilamiento, en que seis soldados con remington tirarán sobre el prestidigitador, con balas que serán revisadas por la concurrencia.

Esto solo basta para que afluya la gente á Cibils, en la noche del estreno.

Y charlemos ahora un poco de literatura en esta seccion, ya que la semana se nos presenta mas *rabona* que la raza *natural transformacion del mono*, segun el sentir del poeta.

Don Orosman Moratorio ha tenido la deferencia de obsequiarnos con un ejemplar de su drama *Patria y Amor*. Conocidos son los dotes de dramaturgo que distinguen al amigo Moratorio y nuestro modo de pensar con respecto á sus obras, para que repitamos de nuevo el mismo favorable juicio que hemos emitido en ocasiones distintas y con mejor oportunidad. Nos limitaremos, pues, á quedarle gratos por su fino obsequio y pasaremos á otro asunto, que tambien con la literatura se relaciona.

La señorita Adela Corrège, que no cuenta aún diez y seis años, ha dado á la publicidad una pequeña novela intitulada: *Tula y Elena* que dedica á la señora esposa del Presidente de la República.

La edad de la autora sirve en parte de excusa á su propósito de atreverse á escribir una novela, cuando recién empieza la mayoría de las personas, á dar forma á sus ensayos literarios de una manera mucho mas modesta. Sabido es que la tarea de escribir una novela en condiciones lejíbles, solo es dado á las personas bien preparadas para estas obras de largo aliento. Con todo, debemos un aplauso y una palabra de estímulo á esta jóven, exhortándole á que no ensaye aun sus fuerzas en obras de ésta naturaleza, concretándose por el momento á trabajos lijeros, que le servirán de preparacion para entrar de lleno al difícil género literario que ella aborda antes de tiempo.

Y con esto, y un nuevo aplauso para la jóven mencionada, se despide de las lectoras, hasta la próxima Semana.

INDISCRETO.



Teatro Cibils

Segunda funcion por el célebre ilusionista

J. F. BOSCO

DOMINGO 21

A las 8 1/4

Extraordinarias suertes, enteramente nuevas, sorpresas é ilusiones.

LA MOUCHE D'OR

Gran escena catalíptica, presentada por el magnetizador Bosco.

Segunda exhibicion del

SILFORAMA

Politeama 25 de Agosto

(CALLE COLONIA ESQUINA QUEGUAY)

Hoy domingo 21 de Junio de 1885

Gran compañía Great Attraction. Con todo un personal de animales y exentricidades.

FELIPE SALVINI

Monos, orangutan, mandriles, perros, cabras y caballitos liliputienses.

Todas las noches funcion con programa variado.

Epigrama y salto de caballo

sa	ra	se	dió,	ha	man	me	jó
me	me	lia	la	que	no	cien	za
die	Ro	pe	e	u	fué	y	me
no	oir	na	me	ro	hi	na	do
lla	me	na	zo	ra	ra (64)	si	al
za	pe	Al	pe	cir	ce	fru	que
que	be	y	la	mia	á	de	de
le	man	di	la	ra	tas	te	(1)

Empieza en el número 1 (casilla negra) y acaba en el 64 (blanca)

